# Socialismo democrático y socialismo marxista

Ignacio Sotelo

Nadie niega el poder incontrolado que puede otorgar la propiedad privada de los bienes de producción, pero tampoco cabe ignorar la diversidad de formas en que este poder se encarna en los distintos sectores económicos. En vez de partir de la generalización abstracta –eliminar la propiedad privada de **todos** los bienes de producción es el acto revolucionario por antonomasia– lo decisivo es ir definiendo el distinto poder que otorga la posesión privada de los bienes de producción en relación con su eficacia en cada sector productivo, así como la correlación de fuerzas en litigio, conscientes de que cualquier paso hacia la colectivización exige previamente alternativas concretas de gestión democrática.

El problema clave del socialismo, tal como lo plantea el marxismo en el siglo XIX, consiste en la «toma del poder por la clase obrera, cuyo primer acto revolucionario es la nacionalización de los bienes de producción». Conseguido esto, lo demás se nos daría por añadidura. El problema clave del socialismo contemporáneo no es tanto la expropiación de los bienes de producción, como la concepción y puesta en práctica de una gestión democrática, apropiada a cada sector productivo.

### Superación del socialismo decimonónico

Los socialistas decimonónicos creyeron que, eliminada la propiedad privada de los bienes de producción, la organización democrática de la producción no ofrecería mayores dificultades. En último término, mientras dominasen relaciones capitalistas de producción, no sería posible concebir en concreto, ni mucho menos poner en práctica, modelos alternativos de organización: las «superestructuras» políticas e ideológicas dependerían de la «base productiva». Ahora bien, una vez modificadas revolucionariamente las relaciones de producción, se desencadenaría una dinámica creadora de tal envergadura, que los trabajadores, por fin en libertad, no sólo mantendrían en marcha la producción, sino que la desarrollarían vertiginosamente, desaparecidas las contradicciones y la anarquía productiva propias del capitalismo. Para los más cautos y realistas que no querían creer en la espontaneidad milagrosa de la simple desaparición de la propiedad privada, se reconocía un período de transición, en el que el Estado desempeñaría una función primordial de coordinación y planificación –dictadura del proletariado– pero con la seguridad de que este poder, sin base económica, iría desapareciendo paulatinamente.

Hoy nadie que tenga cabeza sobre los hombros puede creer, bien en la espontaneidad creadora de las masas por la mera desaparición de la propiedad privada, bien en el carácter accidental y transitorio del nuevo poder del Estado. Abandonada la producción a la «espontaneidad creadora» de los trabajadores, asistiríamos a un rápido derrumbe, con la penuria y el caos social correspondientes, hasta que un nuevo poder dictatorial intentase de la manera más drástica, la reconstrucción del viejo sistema productivo. En cambio, la producción en manos del Estado inaugura una nueva formación social –el colectivismo burocrático– cuyos directos beneficiarios son los detentadores del poder político. Una nacionalización repentina y revolucionaria de todos los bienes de producción conduce al caos y a la contrarrevolución, o bien inicia una nueva era de poder altamente centralizado en beneficio de la «clase política» que controla al Estado.

En base a la experiencia histórica de nuestro siglo, cabe cuestionar la ingenuidad revolucionaria de los clásicos socialistas. El problema para ellos consistía en llegar a la gran revolución en la que la clase obrera, organizada en un gran partido, con la conquista del poder político, llevaría a cabo la «expropiación de los expropiadores». Las contradicciones crecientes del capitalismo y sus crisis periódicas, reportando cada vez mayor gravedad, constituían la garantía objetiva de que este gran día llegaría indefectiblemente. Hoy sabemos que todas estas expectativas que popularizó el marxismo no tienen el menor apoyo en la realidad. Por un lado, es más probable que el capitalismo acabe con el planeta –su capacidad de destrucción militar y ecológica supera lo concebible– que se derrumbe, abatido por sus propias contradicciones. Por otro, aun cuando el capitalismo desembocase en un colectivismo burocrático, en vez de haber avanzado hacia el socialismo, entendido como «asociación libre de hombres libres», bien pudiera incluso desaparecer del horizonte al usurpar esta denominación.

### Meta o punto de partida

El problema clave del socialismo no consiste en llegar a ese gran acto revolucionario en el que de un plumazo se suprime la propiedad privada de los bienes de producción. Esta noción del acto revolucionario proviene de una abstracción cabalmente histórica. No se salta en un día de una etapa en la siguiente. La socialización de los bienes de producción es el logro final de la construcción del socialismo, y por tanto la meta última de un largo proceso histórico, y no como ingenuamente se creyó en la pasada centuria, tomando el rábano por las hojas, el comienzo de la construcción del socialismo. Aquí se patentiza la diferencia abismal que separa el **socialismo democrático** contemporáneo, para el que la socialización de los bienes de producción es el fin de un largo proceso histórico, del **socialismo marxista,** para el que la socialización revolucionaria de los bienes de producción es el requisito fundamental para empezar una política de construcción del socialismo. Pa ra el socialismo democrático, la socialización de los bienes de producción es el **fin** de un largo proceso de edificación socialista, para el socialismo marxista, el **inicio** y requisito fundamental para poder de verdad hacer política socialista.